

IV

Cuando el padre Mouret dejó de oír a sus espaldas a la Teuse, se detuvo, muy satisfecho con hallarse solo. La iglesia estaba edificada sobre un altozano de poca elevación que descendía en suave declive hasta el pueblo; alzabase allí como un aprisco abandonado, rasgado por anchas ventanas, y alegrado con tejas coloradas. El sacerdote volvió la cabeza, dirigiendo una mirada al presbiterio, casucha gris, adosada al lado mismo de la nave; después, como si hubiese temido verse de nuevo atrapado por el inagotable parloteo que zumbaba a sus oídos desde por la mañana, remontó a la derecha y no se tuvo por seguro hasta que se encontró frente a la puerta grande, en donde no se le podía distinguir desde la casa del cura. La fachada de la iglesia, desprovista de todo adorno, carcomida por el sol y la lluvia, veíase rematada por una pequeña espadaña de mampostería, en cuyo centro una pequeña campana destacaba su negro perfil; distinguíase el extremo de la cuerda que penetraba por las tejas. Seis escalones destrozados, medio enterrados por uno de los extremos, llevaban a la alta puerta redonda, agrietada, comida por el polvo, por la herrumbre y por las telas de araña; hallábase en estado tan deplorable sobre sus destrozados goz-

nes, que los vendabales parecía que debían entrar allí al primer soplo. El padre Mouret, que estaba encariñado por aquella ruina, fué a recostarse contra una de las hojas de la puerta, en la escalinata. Desde allí abrazaba con sólo una mirada toda la extensión del país. Con las manos a guisa de pantalla miraba y buscaba a lo lejos.

—Bambousse debe de encontrarse en sus tierras de las Olivettes—dijo para sí.

En el mes de mayo, una vegetación formidable, que no tardaría en abrasar el ardiente cielo de junio, hendía aquel suelo de guijarros. Espliegos colosales, matorrales de enebros y abundancia de hierbas comunes, subían por la escalinata y llevaban sus ramos de sombría verdura hasta las tejas. El primer empuje de la sávia amenazaba con destruir la iglesia, con los recios tallos de nudosas plantas, que se introducían por las menores hendiduras y arrancaban las piedras con las largas y nerviosas garras de sus raíces. En aquella hora matutina, en plena labor de crecimiento, era aquello un zumbido de calor, un interminable y silencioso esfuerzo que levantaba las rocas con su estreñecimiento. Mas el sacerdote no sentía el aferramiento de vida, el ardor de aquellos partos laboriosos, creía que el peldaño vacilaba y fué a apoyarse contra la otra hoja de la puerta, escudriñando siempre a lo lejos.

La extensión del país alcanzaba a dos leguas, circundado por un muro de amarillas colinas, manchadas de negro por los pinares; terrible país de páramos desecados de aristas rocosas que desgarran el suelo. Los reducidos pedazos de tierra laborable ostentaban charcas recientes, campos rojizos en que se alineaban hileras de raquícos almendros, grises copas de olivos, y surcos de viñedos, rayando la campiña con sus oscuros troncos. Habríase dicho que un formidable incendio había pasado por allí, sembrando en las alturas las cenizas de los bosques, quemando las praderas, dejan-

do su esplendor y su calor de gran horno en los huecos. Apenas, a largas distancias, el verde pálido de un banal de trigo, fijaba una nota suave. El horizonte permanecía hosco, sin un hilito de agua, muriéndose de sed, y volando en inmensos remolinos de polvo a las menores bocanadas de viento. Y allá en lontananza, merced a un desmoronamiento de las colinas del horizonte, se distinguía una lejana perspectiva de verdes húmedos, un trozo del cercano valle, fecundado por el Viorne, un riachuelo que baja de las gargantas del Seille.

El padre Mouret, no dando con lo que buscaba a lo lejos, con los ojos deslumbrados, dirigió la mirada hacia el pueblo, cuyas pocas casas parecían desbandarse debajo de la iglesia. Miserables casucas formadas de adobes y tablas diseminadas a lo largo de un estrecho camino, sin calles indicadas. Componían unas treinta, unas apiladas sobre el estiércol, y las otras más vastas, más alegres, con sus tejas color de rosa. Algunos trozos de jardín, conquistados sobre los peñascos, ostentaban los bancales de hortalizas, cortados con setos formados por plantas vivas. En aquella hora en los Artaud no había un alma; ni una mujer a las ventanas, ni un muchacho revolcándose en el polvo; tan sólo las manadas de gallinas iban y venían, escarbando en la paja, picoteando hasta en los umbrales de las casas abiertas de par en par, bostezaban placenteras al sol. Un enorme perro negro, asentado sobre sus patas traseras, a la entrada de la aldea, parecía guardarla.

—¡Voriau! ¡Voriau!—llamó el sacerdote.

Pero el perro no se movió. El padre Mouret sintió que poco a poco iba apoderándose de él un extraño amodorramiento. El sol que iba remontando, bañábale con tibieza tal, que le llevó a apoyarse contra la puerta de la iglesia, invadido por placentera paz. Pensaba en aquel pueblecillo de los Artaud, nacido allí, entre las piedras, así como

una de las nudosas vegetaciones que le rodeaban. Todos los habitantes eran parientes, todos llevaban el mismo nombre, en tal medida que habían de adoptar apodos desde la cuna, para distinguirse entre ellos. Un antepasado, un Artaud, había llegado allí y se fijó en medio de aquel páramo, como un paria; después su familia fué creciendo con la feroz vitalidad de las hierbas que absorben la vida de los peñascos, su familia había concluído por componer toda una tribu, una comunidad, cuyo parentesco se perdía en la noche de los tiempos, remontándose a siglos. En el fondo de aquel desolado cinturón de colinas, constituía un pueblo a parte, una raza nacida del propio suelo, una humanidad de ciento cincuenta cabezas, que parecía dar comienzo a los tiempos.

En cuanto al joven sacerdote, podía decirse que conservaba en sí toda la muerta sombra del seminario. Quería permanecer en la borrosa claridad de su celda, en el silencio de los corredores, en el recogimiento de aquel antiguo convento de Plasans, en donde ni un hálito respiraba. Durante muchos años ni había conocido el sol; hasta ignoraba que existiese, con los ojos cerrados, fijos en el alma, sin sentir más que desprecio hacia la condenada naturaleza. Por mucho tiempo, en las horas de recogimiento, cuando la meditación le prosteraba, había estado soñando un desierto de eremita, algún hueco en una montaña, en donde nada de la existencia, ni ser, ni planta, ni agua, fuesen a distraerle de la contemplación de Dios. Era un arranque de amor puro, un horror por la sensación física. Allí, muriendo en sí mismo, con la espalda vuelta a la luz, habría esperado el no ser, el perderse en la soberana blancura de las almas. El sol aparecíasele por completo blanco, con blancura de luz, como si nevasen flores de lis, como si todas las purezas, todas las inocencias, todas las castidades resplandeciesen. Pero su confesor le reprendía, cuando le contaba sus anhelos de soledad,

sus necesidades de candor divino; llamábale a las luchas de la iglesia, a las necesidades del sacerdocio. Más adelante, después de haberse ordenado, el joven sacerdote había venido a los Artaud, a instancia propia, con la esperanza de realizar su ensueño de aniquilamiento humano. En medio de aquella miseria, en aquella tierra estéril, podría taparse los oídos para los ruidos del mundo, viviría en el olvido, en el sueño de los justos. Y, en efecto, al cabo de muchos meses, permanecía allí sonriente; apenas un estremecimiento del pueblo le turbaba muy de tarde en tarde; apenas una picadura más ardiente del sol le molestaba, cuando andaba por los senderos, con el pensamiento en el cielo, sin oír la germinación constante en medio de la cual caminaba.

Voriau acababa de decidirse a subir junto al padre Mouret, para sentarse a sus pies, siempre sobre sus patas traseras, mas el sacerdote continuaba absorto en la suavidad de la mañana. La víspera había dado comienzo a los ejercicios del Rosario de María, atribuyendo el grande gozo que sobre él descendía a la intercesión de la Virgen ante su divino Hijo. ¡Y cuán despreciables le parecían los bienes terrenales! ¡Con cuánto agradecimiento sentíase pobre! Y al recibir las órdenes, como hubiese perdido a su padre y a su madre en el mismo día, a consecuencia de un drama, cuyos horrores ignoraba aún, había dejado a un su hermano mayor toda la fortuna. Nada le ligaba a la tierra más que su hermana; habíase encargado de ella, llevado por una especie de ternura religiosa hacia aquella débil cabeza. La inocente criatura era tan pueril, tan niña, que se le ofrecía con la pureza de esos pobres de espíritu, a los cuales el Evangelio concede el reino de los cielos. No obstante, de algún tiempo a aquella parte le causaba cierta inquietud; crecía demasiado robusta, demasiado sana, sentía demasiado la vida. Mas aquello apenas constituía un malestar. El sacerdote pasaba los días

entregado a la existencia interior que se había creado, abandonándolo todo para entregarse a sí mismo por entero. Cerraba la puerta a los sentidos, buscaba la manera de desligarse de las necesidades del cuerpo, sin ser ya más que un alma extasiada por la contemplación. La naturaleza no le ofrecía más que acechanzas e inmundicias; cifraba toda su gloria en violentarla, en despreciarla, en desprenderse de su humano cieno. El justo debe ser un insensato, según el mundo: así era que se consideraba como extraño, como desterrado en la tierra, no teniendo más norte que los bienes celestiales, y sin poder comprender que se parangonase una eternidad de bienandanza con unas cuantas horas de alegría perecedera. Su razón le engañaba, mentándole sus deseos. Si adelantaba en el camino de la virtud, era sobre todo debido a su humildad y a su obediencia. Quería ser el último de todos, sometido a todos, para que el divino rocío cayese sobre su corazón como sobre estéril arena; tenía por cubierto de oprobio y de confusión, indigno para siempre de ser redimido del pecado y sin tener más esperanza que en la bondad del cielo. Ser humilde, es creer, es amar. Ni siquiera dependía ya de sí mismo, ciego, sordo, carne muerta. Cosa era perteneciente a Dios. Entonces, de aquella abyección en que se hundía, un hosannah lo remontaba por encima de los infelices y de los poderosos, al resplandor de una bienandanza sin fin.

Por tal modo el padre Mouret había encontrado en los Artaud los arrobamientos del claustro, tan ardentemente suspirados en otro tiempo, en cada una de sus lecturas de la *Imitación*. Nada en su ser había combatido todavía. Era perfecto, desde su primera posternación, sin lucha, sin sacudidas, como anonadado por la gracia, en el olvido absoluto de la carne. Extasis de la proximidad de Dios, que conocen algunos jóvenes sacerdotes; hora feliz en que todo calla, en que los deseos tan sólo constituyen una inmensa necesidad de pureza. No había

puesto su consuelo en ninguna criatura humana. Cuando se cree que una cosa lo es todo, nada podría hacer vacilar, y él creía firmemente que Dios lo era todo, que su humildad, su obediencia, su castidad, lo eran todo. Recordaba haber oído hablar de la tentación como de un martirio abominable que pone a prueba a los más santos. Mas él se sonreía, porque el Señor nunca le había abandonado. Caminaba en su fe, como envuelto en una coraza que le protegía contra los menores hálitos ponzoñosos. Hacía memoria de que a los ocho años lloraba de amor en los apartados rincones; no sabía a quien amaba; gemía porque amaba a alguien que se hallaba lejos. Siempre habíase quedado enternecido. Con el andar de los tiempos, quiso ser sacerdote, para satisfacer aquella necesidad de amor sobrehumano que constituía su único tormento. No sabía a dónde convertir sus miradas para amar más aún. Si la tentación había de venir, esperábala con su serenidad de seminarista ignorante. Habíase matado el hombre en él; lo conocía y sentíase dichoso al considerarse a parte, criatura castrada, desviada, marcada con la tonsura como una oveja del Señor.

V

Entretanto el sol calentaba la puerta principal de la iglesia. Doradas moscas zumbaban en torno de una gran flor que crecía entre dos de los peldaños de la escalinata. El padre Mouret, un tanto aturdido, se determinó a alejarse cuando Vorian se lanzó, ladrando con furia, hacia la verja del pequeño cementerio, que se hallaba a la izquierda de la iglesia. Al propio tiempo una áspera voz gritó:

—¡ Ah, holgazán! ¡ faltas a la escuela, y en donde se te encuentra es en el cementerio!... ¡ No digas que no! Hace un cuarto de hora que estoy vigilando.

El sacerdote se adelantó. Conoció a Vicente a quien un Hermano de las escuelas cristianas tenía fuertemente cogido por una oreja. El muchacho se encontraba como suspendido sobre una sima que bordeaba el cementerio, y en cuyo fondo se deslizaba el Masce, un torrente cuyas blancas aguas iban, a dos leguas de allí, a arrojarse al Viorne.

—¡ Hermano Archangias!—dijo con dulzura el sacerdote, para inclinar a tan terrible hombre a la indulgencia.

Pero el Hermano no soltaba la oreja.

—¡Ah! es usted, señor cura—gruñó.—Figúrese usted que ese vago se halla siempre metido en el cementerio. No sé qué barrabasada puede estar haciendo allí... Debería soltarle para que fuera a estrellarse los sesos allá abajo, en el fondo. Le estaría muy bien empleado.

El muchacho no chistaba, agarrado a las malezas y con los ojos cazarriamente cerrados.

—Mucho cuidado, Hermano Archangias—repuso el sacerdote,—fácilmente podría resbalar.

Y ayudó a subir a Vicente.

—Veamos, amiguito mío, ¿qué es lo que hacías allí? En los cementerios no se debe jugar.

El galopín había abierto los ojos, apartándose con miedo del Hermano y poniéndose bajo la protección del padre Mouret.

—Voy a decírselo a usted—murmuró levantando hacia éste su astuto rostro.—Hay en las zarzas un nido de urracas, debajo de esta roca... Hace ya más de diez días que lo estoy acechando... Ahora, como los pequeñuelos ya han salido, vine esta mañana, después de haberle ayudado a usted la misa...

—¡Un nido de urracas!—dijo el Hermano Archangias.—¡Espera, espera!

Apartóse y buscó en una tumba un terrón de tierra, que arrojó sobre las zarzas. Mas no acertó a dar en el nido. Un segundo terrón lanzado con más destreza, conmovió el frágil nido, echando a los pequeñuelos al torrente.

—De este modo—prosiguió sacudiéndose las manos para limpiárselas,—no vendrás más por aquí a rodar como un pagano... Los muertos irán a tirarte de los pies, por la noche, si continúas todavía andando sobre sus sepulturas.

Vicente, que se había reído al ver el nido irse patas arriba, miró a su alrededor con encogimiento de hombros, como un valiente, y dijo:

—¡Oñ! Yo no tengo miedo. Los muertos no se mueven.

El cementerio, en realidad, no inspiraba miedo

alguno. Era un terreno descubierto, en donde los angostos senderos se perdían por la invasión de las hierbas. Aquí y acullá veíanse hinchazones del suelo. Una piedra tan sólo, en pie y nuevecita, que era el túmulo del padre Caffin, mostraba su silueta blanca allí en medio. Ninguna otra cosa se veía sino brazos de cruces arrancadas, pedazos de madera secos, antiguas losas medio enterradas, corroídas por el moho. Allí no se enterraba dos veces al año. Parecía que la muerte no habitaba en aquella tierra baldía, a donde la Teuse iba, todas las tardes, a llenar un delantal de hierbas para los conejos de Deseada. Un gigantesco ciprés, plantado a la puerta, paseaba tan sólo su sombra por el desierto campo. Aquel ciprés que se veía de tres leguas a la redonda, era conocido en toda la comarca con el nombre del Solitario.

—Está cuajado de lagartos—agregaba Vicente, quien miraba la agrietada pared de la iglesia.—Habría para divertirse de lo lindo.

Mas se escapó dando un brinco, viendo que el Hermano estiraba el pie. Este hizo notar al cura el mal estado de la verja. Estaba por completo corroída por la herrumbre, un gozne fuera de su sitio y la cerradura rota.

—Habría que componer todo esto—dijo.

El padre Mouret se sonrió sin contestar. Y dirigiéndose a Vicente, que forcejeaba con Voriau:

—Dime, arrapiezo—le preguntó—¿sabes en dónde trabaja el tío Bambousse esta mañana?

El muchacho dirigió una mirada al horizonte.

—Debe de hallarse en su campo de las Olivettes—contestó con la mano extendida hacia la izquierda.—Por lo demás Voriau va a acompañar a usted, señor cura. Es indudable que sabe dónde está su amo.

Entonces dió unas palmadas y gritó:

—¡Eh! ¡Voriau, aquí!

El gran perro negro vaciló un instante, moviendo la cola y tratando de leer en los ojos del pilluelo.

En seguida, ladrando de alegría, se lanzó hacia la aldea. El padre Mouret y el Hermano Archangias le siguieron conversando. Cien pasos más allá, Vicente les dejó socarronamente, volviendo a subir hacia la iglesia, acechándolos, dispuesto a esconderse tras de unas matas, si volvían la cabeza. Con flexibilidad de culebra, se deslizó nuevamente en el cementerio, en aquel paraíso en que había nidos, lagartos y flores.

Entretanto, mientras que Voriau les precedía en el polvoriento camino, el Hermano Archangias decía al sacerdote, con su irritado acento:

—Créame usted, señor cura, son un semillero de condenados, esos verdaderos sapos. Habría que molerlos a palos para hacerlos agradables a Dios. Se crían en la irreligión, como sus padres. Quince años hace que estoy aquí, y esta es la hora en que no he podido hacer un cristiano. En cuanto salen de mis manos ¡buenas noches! se van todos a labrar la tierra, a sus viñas, a sus olivares. Ni uno sólo pone el pie en la iglesia. ¡Verdaderos brutos que luchan con sus campos de guijarros!... ¡Hay que enderezarlos a estacazos, señor cura, a estacazos!

Y, en seguida, tomando aliento, agregó con gesto terrible:

—Mire, usted, estos Artaud son como esas zarzas, que corroen hasta las piedras. Ha bastado un sólo tronco para que el país quede envenenado. Se encaraman, se multiplican, viven contra viento y marea. Preciso será el fuego del cielo, como en Comorra, para limpiar todo esto.

—No hay que desesperar nunca de los pecadores—dijo el padre Mouret, que andaba a paso corto, en su paz interior.

—No, esos son para el diablo—repuso con más violencia el Hermano.—Yo fui labrador como ellos. Hasta la edad de dieciocho años he cavado la tierra. Y, andando el tiempo, en la Institución, he barrido y limpiado las hortalizas y hecho los trabajos más groseros. No es su ruda tarea lo que les repro-

cho; al contrario, el Señor prefiere a los que viven en la humildad y bajeza... Pero los Artaud se portan como bestias. Son como sus perros que no asisten a la misa, que hacen chacota de los mandamientos de Dios y de la Iglesia. Llegarían a fornicar con sus piezas de tierra: tan grande es el cariño que les tienen.

Voriau, con la cola al viento, se detenía y volvía a emprender su trote, tras de haberse asegurado de que los hombres no dejaban de seguirle.

—Hay, en efecto, abusos muy deplorables—dijo el padre Mouret.—Mi antecesor, el padre Caffin...

—Era un pobre hombre—interrumpió el hermano.—Nos vino de Normandía, a consecuencia de una no muy limpia historia. Aquí sólo pensó en vivir bien, y dejó que todo anduviese en el mayor desorden.

—No, por cierto; el padre Caffin hizo cuanto le fué posible; mas precisa confesar que sus esfuerzos fueron poco menos que estériles; hasta los que yo empleo quedan las más de las veces sin resultado.

El Hermano Archangias se encogió de hombros. Anduvo un instante en silencio, descaderando su alto y delgado cuerpo, como cortado a hachazos. El sol le daba en el cogote, de piel curtida, hundiendo en la sombra su rudo semblante de campesino, como hoja de sable.

—Escuche usted, señor cura—repuso por último; —yo estoy muy por debajo de usted para dirigirle observaciones; no hay más sino que cuento con el doble de la edad de usted, y que conozco el país, lo que me autoriza a decirle que maldita la cosa que conseguirá usted si tan sólo echa mano de la dulzura.... Entiéndalo bien, el catecismo basta. El Señor no tiene misericordia para los impíos. Los achicharra. Aténgase usted a esto.

Mas como el padre Mouret, con la cabeza inclinada, no abriese la boca, prosiguió:

—La religión huye de los campos porque se

hace demasiado bondadosa. En tanto que habló como señora que no perdonaba, ha sido respetada siempre... No sé qué es lo que enseñan a ustedes en los seminarios. Los curas nuevos lloran como niños con sus feligreses. Dios parece cambiado por completo... Juraría, señor cura, que ni siquiera sabe usted ya el catecismo de memoria.

El sacerdote, mortificado por aquella voluntad que trataba de imponérselo con tanta rudeza, levantó la cabeza y dijo con cierta sequedad:

—Bien está, el celo de usted es digno de alabanza... Pero ¿no tiene nada que decirme? Esta mañana ha estado usted en la casa rectoral, ¿no es así?

El hermano Archangias contestó brutalmente:

—Tenía que decirle a usted lo que le he dicho... Los Artaud viven como sus cerdos. Ayer precisamente supe que Rosalía, la hija mayor del tío Bambousse, está en cinta. Todas esperan esto para casarse. De quince años a esta parte, ninguna he conocido que no haya hecho Pascua antes de Ramos... Y le salen a usted riendo con que esa es la costumbre del país...

—Sí—murmuró el padre Mouret—es un gran escándalo... Precisamente voy en busca del tío Bambousse para hablarle sobre el particular. Ahora sería muy de apetecer que el casamiento se realizase lo antes posible... El padre de la criatura, según parece, es Fortunato, el nieto de los Brichet. Por desgracia los Brichet son pobres.

—¡Esa Rosalía!—prosiguió el Hermano,—apenas ha cumplido los dieciocho años. Se pierden en los mismos bancos de la escuela. Todavía no había cumplido cuatro años cuando la tenía yo en la escuela: ya era una viciosa... Ahora tengo a su hermana Catalina, una galopina de once años, que promete ser tan desvergonzada como su hermana mayor. Se la encuentra por todos los rincones con ese pillastrón de Vicente. ¡Vaya! por más que se les tire de las orejas hasta que derramen sangre, la mujer

siempre surge en ellas. Llevan la condenación en sus sayas; muy buenas para arrojarlas al estercolero, con sus porquerías que envenenan. ¡Qué desahogo tan grande resultaría, si se estrangulase a todas las muchachas al nacer!

El asco, el odio hacia la mujer le llevaron a blasfemar como un carretero. El padre Mouret, después de haberle escuchado, con el semblante tranquilo, acabó por sonreírse ante tamaña violencia. Llamó a Voriau, que se había apartado a un campo vecino.

—Mire usted—exclamó el Hermano Archangias, señalando a un grupo de muchachos que jugaban en lo hondo de una barranca,—ahí tiene usted a los muy picarones que faltan a la escuela, con el pretexto de que van a ayudar a sus padres en el trabajo de las viñas... Éste usted seguro de que esa holgazana de Catalina está entre ellos. Se perece por resbalar. La va usted a ver con sus sayas sobre la cabeza. ¡Eh! ¿Qué le decía yo a usted?... Hasta la tarde, señor cura... ¡Esperad, esperad, grandísimos pillos!

Y apretó a correr, con su sucio alzacuello volándole en los hombros y con su larga y graciosa sotana, arrancando los cardos. El padre Mouret le vió caer en medio del hato de muchachos, que hubieron como bandada de gorriones espantados. Pero había conseguido coger por las orejas a Catalina y a otro galopín. Llevóselos hacia el pueblo, sujetándoles bien con sus grandes y velludos dedos y colmándoles de injurias.

El sacerdote prosiguió su camino. A veces el Hermano Archangias le producía extraños escrúpulos; aparecíasele en medio de su vulgaridad, de su crudeza, como el verdadero hombre de Dios, sin lazos terrestres, entregado enteramente a la voluntad del cielo, humilde, rudo, con la inmundicia en la boca contra el pecado. Y el sacerdote se desesperaba por no poder despojarse todavía más de su cuerpo, de no ser feo, inmundo, hediendo la gusanera de los

santos. Cuando el Hermano lo hubo sublevado con sus palabras sobrado atrevidas, con alguna expresión más que brutal, acusábase en seguida por sus suavidades, por sus naturales altiveces, como si fuesen verdaderas faltas. ¿No debía de sentirse muerto para todas las debilidades de este mundo? En esta ocasión todavía se sonrió tristemente, al pensar que a punto había estado de incomodarse por la acalorada lección del Hermano. Era el orgullo — pensaba — que se proponía perderle, haciéndole despreciar a los pobres de espíritu. Mas, a pesar suyo, sentíase aliviado al estar solo, al irse pasito a paso, leyendo su breviario, libre de aquella áspera voz que turbaba su ensueño de ternura inmaculada.

VI

El camino se desenvolvía entre derrumbamientos de peñascos, en medio de los cuales los labriegos habían, de tarde en tarde, conquistado cuatro ó cinco metros de tierra gredosa plantada con viejos olivos. Bajo los pies del sacerdote el polvo de los profundos surcos dejaba oír ligeros estallidos ocasionados por la nieve. A veces, al recibir en el rostro un hálito más abrasador, alzaba los ojos de su libro, para ver de dónde le llegaba aquella caricia; mas su mirada permanecía indecisa, perdida sin verlo, en el inflamado horizonte, sobre las retorcidas líneas de aquel campo de pasión, reseca, desfallecido al sol, en un revolcarse de mujer ardiente y estéril. Echábase el sombrero sobre la frente para resguardarse del hálito abrasador, y volvía nuevamente a su lectura, con toda placidez; en tanto que la sotana levantaba tras él una ligera humareda, que corría a ras del camino.

—Buenos días, señor cura—le dijo un labriego que pasaba.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

30821